

# La fanciulla del West

## en Bellas Artes

por José Noé Mercado

**S**ergio Vela, en su papel de director de escena, escenógrafo e iluminador, pero sobre todo de entusiasta del género operístico, lo hizo posible nuevamente: su producción de *La fanciulla del West* (1910) —la séptima ópera del compositor Giacomo Puccini que cuenta con libreto de Guelfo Civinini y Carlo Zangarini, basado en *The Girl of the Golden West* de David Belasco— se repuso en el escenario del Teatro del Palacio de Bellas Artes, luego de que fuera estrenada en septiembre de 2017, pero sólo pudiera presentar al público una función debido a los acontecimientos telúricos trágicos que enfrentó la Ciudad de México y otros lugares de la república.

Contra toda *jettatura*, esta vez celebró funciones los pasados 26 de septiembre, 1, 3 y 6 de octubre, con algunos cambios mínimos pero significativos tanto en escena, como en el elenco: la encomienda protagonista de Minnie a la soprano estadounidense **Elizabeth Blancke-Biggs**, el rol de su enamorado Dick Johnson *aka* Ramírez al tenor mexicano **Diego Torre** y al barítono moldavo **Roman Ialcic** el papel de Jack Rance, además de que al Frente de la Orquesta y del Coro —masculino— del Teatro de Bellas Artes, se contó con la presencia del maestro italiano **Marcello Mottadelli**, en lo que fue su debut en nuestro país.

Ese cambio de cartas —salvo por Ialcic, que no hizo olvidar el magnífico *sheriff* de Jorge Lagunes en 2017 (debido sobre todo a una parte histriónica floja, que no consiguió aprovechar las motivaciones y matices anímicos de su personaje)— resultó afortunado.

Blancke-Biggs entregó una Minnie con voz poderosa y expresiva, con valentía y solvencia en las partes más dramáticas e incluso tierna y simpática en sus momentos románticos o de amistad con los mineros, parroquianos de su taberna Polka. Torre ofreció un canto musical, con una emisión rotunda y voluminosa, que lució sobre todo en los dos últimos actos. Su aria ‘Ch’ella mi creda’ quedó como una muestra del buen nivel por el que atraviesa su carrera.

Vela mantuvo la distinción de su estilo, que transita por lo conceptual, lo simbólico y lo abstracto, sin descuidar ciertos momentos de emoción contenida o desbordante de sus personajes, pero al final impregnados de pasión: la testosterona de los bebedores que ahogan en alcohol el dolor de la migración, las fisuras anímicas de la nostalgia o un amor timorato nunca correspondido por Minnie, quien los manipula y chantajea, con dulzura si se quiere, para conseguir sus fines femeninos.



Roman Ialcic (Rance) y Diego Torre (Ramírez) en *La fanciulla del West*

Se mantuvo la casi desnudez escénica, pero hubo cierto reparo en la iluminación, para mostrar mayor contraste en las acciones tipo *Western*, como la trampa, la autodefensa, el dilema entre la ley o la justicia. El vestuario de los personajes estuvo a cargo de **Violeta Rojas** y el maquillaje de **Ilka Monforte**.

La dirección orquestal y de forma íntegra la concertación de Mottadelli fue una oportunidad clara para admirar con balance la rica orquestación pucciniana, los recursos con los que construye un flujo musical que parece no detenerse en su motivación casi wagneriana y cinematográfica.

En los papeles secundarios, triunfó sobre todo el conjunto, si bien destacaron de nuevo los trabajos del tenor **Ángel Ruz** como Nick, un amanerado y simpático camarero; el barítono **Enrique Ángeles** en el rol de Sonora, interpretado con fuerza cercana a la fiereza, o el trovador vagabundo de Jack Wallace del bajo **Oscar Velázquez**.

El resto del elenco —**Alberto Albarrán**, **Dante Alcalá**, **Carlos Arámbula**, **Antonio Azpiri**, **Andrés Carrillo**, **Emilio Carsi**, **Daniel Cerón**, **Edgar Gil**, **Vanessa Jara**, **Ángel Macías**, **Rodrigo Petate** y **Carlos Santos**—, comprimarios diversos entre mineros, mandaderos, pieles rojas y demás, actuó con un decoroso desempeño vocal y escénico.

Se trató ésta de una producción en la que todo estuvo en su lugar. La música, el canto, los agudos, el drama y la puesta en escena. Es el equilibrio que tanto se aprecia en la ópera, aunque para ello haya debido trasladarse al lejano Oeste. ●